CEME Centro de Estudios MIGUEL ENRIQUEZ

Archivo Chile
Historia Político Social - Movimiento Popular

"La huella indeleble del santo. (El cura Hurtado)
El hombre que cambió la historia de Chile "
Cristián Gazmuri*

El sacerdote jesuita que mañana será canonizado en Roma vivió en un país muy distinto al actual. pero, como nadie, pudo ver los problemas y las carencias de esa sociedad. El historiador y académico de la Universidad Católica Cristián Gazmuri, desde su perspectiva de agnóstico, analiza la vida e influencia del religioso y la manera como él enfrentó los flagelos sociales, muchos de los cuales subsisten hasta hoy.

En 1941 aparecía un libro con un título provocativo. Se llamaba ¿Es Chile un país católico? Su autor era un sacerdote jesuita, el padre Alberto Hurtado. Por cierto que el libro despertó polémica, aunque el autor no era todavía un hombre muy conocido en Chile, salvo en círculos cercanos a la Compañía de Jesús. El libro, fundamentado en buena información, demostraba que la gran mayoría de los chilenos, diciéndose católicos, en verdad no lo eran. Al padre Hurtado le preocupaban dos cosas. En primer lugar la fe: veía con mucha preocupación que los católicos no practicaban la doctrina de la Iglesia en materias propiamente religiosas. Así afirmaba con audacia: " Simplificando los resultados llegamos a la conclusión de que el 9% de la mujeres y el 3,5 % de los hombres van a misa los domingos; y que cumplen con la Iglesia un 14% de los fieles". Este Chile formalmente católico, pero agnóstico en los hechos, dolía al autor, porque siempre su preocupación fundamental fue la fe; de allí partió y en ésta se basó toda su obra.

Pero a Alberto Hurtado le preocupaba especialmente otro asunto. Que en "el católico Chile" una gran mayoría vivía en condiciones socioeconómicas subhumanas y de profunda injusticia social. Decía: "El pueblo, por desgracia, no ha visto en los sectores que se llaman católicos el ejemplo que tenían derecho a esperar por la doctrina que profesaban. El escándalo de los malos cristianos es uno de los grandes responsables de la pérdida de la fe de las masas; cuando se ve una sociedad que se llama cristiana que sólo piensa en divertirse, que derrocha cifras enormes en fiestas y banalidades, no se reconoce en ella el signo de la cruz. (É) el pueblo, niño grande, no sabe separar la sublimidad de la religión de la debilidad humana, ni tiene ojos para ver las virtudes de tantos cristianos auténticos como hay en todas las condiciones sociales".

Al concluir el libro queda muy claro para el lector que para el padre Hurtado, Chile no era en 1941 un país católico, al menos en el sentido verdadero de la palabra.

Pero el padre Hurtado, si bien era la voz más franca al respecto dentro del clero de la época, por cierto no era la primera. Desde comienzos de siglo, una serie de sacerdotes venían clamando contra un catolicismo de fachada que ocultaba graves contradicciones con el mensaje evangélico. Destacó, entre estos, quien sería el principal mentor espiritual del joven Alberto Hurtado, el jesuita Fernando Vives Solar. No había sido el único; por sólo nombrar algunos: los padres Sebastián

Viviani, Fernández Pradel, el obispo Martín Rucker y el propio cardenal José María Caro. Pero estaban lejos de constituir mayoría dentro del clero, para no hablar del mundo católico laico del Chile de las primeras décadas del siglo XX.

¿Cómo era el Chile que había conocido el padre Hurtado?, ¿ por qué era tan duramente juzgado por uno de los varones más preclaros de la historia de la Iglesia Católica chilena? En 1901, año en que nació Alberto Hurtado, el país estaba viviendo una época de transformaciones, las que culminarían con el ascenso al poder político de la clase media en la década de 1920. La antigua oligarquía, que había gobernado desde la Independencia, continuaba haciéndolo. El mundo rural donde asentaba su poder social y su cultura y que todavía representaba cerca del 60% de la población total de la nación había quedado intocado, como consecuencia de la muy dispareja modernización del país durante el siglo XIX. Y esa oligarquía rural era por tradición el sector católico más representativo de la sociedad chilena; allí tenía su fuerza el Partido Conservador que controlaba el voto del campesinado, vasto sector que todavía vivía sumido en un una situación cuasi feudal.

Asimismo, muchos de esos patrones habían abandonado los campos, abandonando su sobriedad y su cultura ancestral, dejando su cuidado a administradores, y se habían establecido en las ciudades, mezclándose con la burguesía enriquecida en el siglo XIX. Allí vivían de las rentas que sus grandes fundos, por mal administrados que estuviesen, aún les daban. Dentro de los mismos sectores conservadores no faltaban las voces que hacían ver lo absurdo por decir lo menos de esta situación. Pero, por desgracia, la mayor parte no parecía disconforme con este estado de cosas. No es de extrañar pues que la gran mayoría del mundo intelectual, las élites profesionales y la juventud de la creciente clase media, continuaran alejándose de la Iglesia.

La masa campesina, en tanto, buscando mejor suerte, había comenzado a emigrar a las ciudades hacia fines del siglo XIX. En éstas se hacinaban en conventillos, centros de promiscuidad, sin higiene y donde la calidad de vida era deplorable. Pero después de 1930, apareció en Chile otro fenómeno social tanto o más grave. Alrededor de las ciudades más grandes habían comenzado a formarse cinturones de miseria de otro tipo: las llamadas poblaciones callampas. En ellas vivían mayoritariamente, como en los conventillos de comienzos de siglo, ex campesinos, que habiendo emigrado a las urbes en busca de un mejor destino, se encontraban sin preparación laboral para desempeñar empleos, constituyéndose en auténticos marginales. Esta situación de miseria se prolongaba, además, en una serie de males sociales: delincuencia, vagancia infantil, promiscuidad sexual, enfermedades.

Estos marginales no lo eran sólo por su pobreza, sino también, y fundamentalmente, por su desarraigo. Junto con emigrar perdían su cultura tradicional y, dentro de ésta, la fe ocupaba un lugar central. Así, Chile, nación católica por su cultura secular, parecía estar en proceso de perder esa condición vertebral en su historia. Alberto Hurtado comprendió desde muchacho que el deber, el gran desafío de los católicos, era la preocupación por los pobres. Sin embargo, la vocación, en su servicio, fructificaría definitivamente después que cumpliera cuarenta años.

El padre Hurtado era un hombre de carácter fuerte. Bien retratada quedó su personalidad y su pensamiento en otro de sus escritos, "Conferencia a oficinistas", donde, con su valor habitual, afirmó: "La verdadera concepción cristiana de la vida no es burguesa ni cómoda, es heroica". Se estaba retratando a sí mismo.

Había nacido en el seno de una familia de la oligarquía tradicional y parte de su primera niñez había transcurrido en el campo. Muerto su padre y empobrecida económicamente su madre, se formó sin embargo dentro de esa clase a la que pertenecía por nacimiento. Pero desde niño, junto con una notable piedad, quizá heredada de su madre y afirmada en contacto con algunos jesuitas de su colegio San Ignacio, Alberto Hurtado mostró, desde sus años escolares, con su trabajo en el Patronato de Andacollo, en el barrio Mapocho, una espontánea e irrefrenable tendencia por aliviar a los que sufren.

El contacto con grupos de jóvenes católicos, miembros del Partido Conservador, que también miraban con profunda inquietud el panorama social de su país, fortaleció en él esta tendencia. El más importante de estos grupos a que perteneció Alberto Hurtado fue, al parecer, el Círculo de Estudios León XIII, bajo la dirección del padre Fernández Pradel. Pero también integró otros de acción social, muchas veces acompañado de sus amigos Manuel Larraín y Álvaro Lavín, ambos destinados también al sacerdocio.

Siendo adolescente tomó la decisión de ser jesuita. Con todo pensando en ayudar a su madre ingresó a la carrera de Derecho en la Universidad Católica, titulándose finalmente de abogado. Pudiéndose desligar de sus obligaciones con su madre, en 1922 ingresó a la Compañía de Jesús, primero como novicio en Chillán y luego en Córdoba, Argentina. El duro ritual del noviciado y sus ejercicios espirituales, transformaron a quien hasta entonces había sido un joven de notables aptitudes y méritos cuya vocación religiosa estaba más o menos dentro de los cánones comunes, en un ser excepcional. Fue un estudiante sobresaliente en España, Irlanda y la Universidad de Lovaina, en Bélgica. Cuando regresó a Chile, estaba en condiciones de comenzar su obra.

Los extensos y profundos estudios en universidades europeas, siendo estudiante jesuita, le dieron una visión más profunda, racional y ética de los problemas que lo inquietaban: "La misión del universitario es la del estudioso que traduce esos ideales grandes del hombre de la calle en soluciones técnicas, aplicables, realizables, bien pensadas. Hacerlo es la mayor obra de caridad que puede hacer un hombre, pues es la caridad social pública", escribiría después, cerca de su muerte, en Mensaje, la revista que fundó y que hasta el día de hoy representa uno de los aportes fundamentales de la intelectualidad católica a la conciencia de Chile.

Porque desde su retorno desde Europa en 1935 se decidió a actuar. Su santidad la demostró en obras y no en etéreas ensoñaciones. Alberto Hurtado no era un hombre que limitaba a las paredes de su claustro o convento su comunicación con Dios. Su vocación de hombre de acción lo impulsaba a atacar como cristiano, pero socialmente, esa situación que le parecía aberrante. Fue quizá la actitud del Partido Conservador y de la jerarquía católica que se había permitido la audacia de ocultar al público la Encíclica Cuadragesimo Anno, complemento de Rerum Novarum lo que lo decidió. Ahora bien, como todos los hombres inteligentes y fuertes, se encontró con dificultades, incomprensiones e incluso enemistades profundas, tales como las que habían conducido a la muerte a su mentor, monseñor Vives.

"Contento señor, contento" se decía a sí mismo cuando le tocaba afrontar, y generalmente vencer, esas múltiples circunstancias amargas. Pero no siempre las vencía. Caramba que le ha de haber sido amargo cuando en 1944, en buena medida por su discrepancia con el obispo auxiliar de Santiago, monseñor Augusto Salinas, antes su amigo, fue alejado de su cargo de asesor de la Acción Católica

Juvenil, donde dejó, sin embargo, huella indeleble. Su apertura al pluralismo político entre la juventud duramente combatida por el Partido Conservador le había sido fatal. Pero Alberto Hurtado era un gran lector y admirador de León Bloy y la sentencia de éste "Cuando se es hombre y se toca un principio cualquiera hay que agotarlo si es posible (É) no hay verdad sino en lo absoluto" lo había marcado profundamente; en definitiva no era sino la consagración natural de su vocación heroica. Otras tareas fundamentales lo esperaban, pero fue ésta experiencia la que lo preparó para ellas. Esto confesaba en su trabajo Tradición oral: "Se empieza a comprender cuando se empieza a sufrir".

Desde entonces su preocupación serían los pobres, encarnación final de su idea de que el cristianismo no es una religión sólo de almas, sino de hombres, pues por algo el mismo Cristo se hizo hombre. En verdad, esa llamarada final de su vocación ya la había experimentado unos meses antes de su renuncia como asesor de la Acción Católica Juvenil. Predicaba un retiro para señoras, y en un momento en que hablaba de la doctrina del cuerpo místico, se demudó. Como relata Alejandro Magnet, "se quedó en silencio un instante, y luego dijo: tengo algo que decirles... ¿cómo podremos seguir así? Anoche no he dormido, creo que a ustedes les hubiera pasado lo mismo al ver lo que me tocó ver. Iba llegando al San Ignacio cuando me atajó un hombre en mangas de camisa a pesar de que estaba lloviznando. Estaba demacrado, tiritando de fiebre. Ahí mismo, a la luz del farol, vi cómo tenía las amígdalas inflamadas. No tenía dónde dormir, me pidió que le diera lo necesario para pagarse una cama en una hospedería. Hay centenares de hombres así en Santiago y son todos hermanos nuestros, hermanos realmente, sin metáfora. Cada uno de esos hombres es Cristo". Impresionadas, las señoras iniciaron de inmediato una colecta para entregársela al padre Hurtado. Así nació el Hogar de Cristo. Rápidamente, con lo que hoy se llamaría una capacidad empresarial magnífica, la iniciativa prosperó. Prosperó hasta transformarse en la más importante de las obras que debemos al padre Hurtado.

En el Hogar de Cristo, Alberto Hurtado hacía de todo. Recolectar fondos, distribuir labores, fundar nuevas casas. Manejando una camioneta verde se le vio salir en las noches a recoger niños vagos, pelusas, para poder arrancarlos de su destino y ofrecerles las posibilidades de una vida digna y una educación.

Pero su empuje colosal no se detuvo una vez que el Hogar era realidad. Viajó a Europa donde tomó contacto con el abate Pierre, con los sacerdotes obreros de los que nos ha hablado Gilbert Cesbron, con la intelectualidad católica francesa. En el otoño de 1947 se encontraba en Roma. Allí se entrevistó varias veces con el superior de los jesuitas, padre Janssens, a quien había conocido en Lovaina. Más importante aún, conversó con el Papa Pío XII a quien entregó un memorándum sobre la situación social y religiosa del país.

Con su apoyo retornó a Chile en enero de 1948. Ese mismo apoyo le permitió fundar la Asociación Sindical y Económica Chilena (Asich), una organización destinada a promover el sindicalismo con inspiración católica entre los obreros y empleados. Para pertenecer a la Asich no era necesario ser católico, sino solamente aceptar un orden social basado en las encíclicas sociales de los Papas. La iniciativa no fue fácil de implementar. La brecha que separaba al mundo de los trabajadores de la Iglesia Católica se había consolidado después de décadas de despreocupación al respecto y el reclutamiento inicial fue lento; pero hacia 1950, su diario, Tribuna Sindical tiraba 3.500 ejemplares. El empuje del padre Hurtado parecía estar imponiéndose una vez más.

Pero no se crea que éste se agotaba en el pesado trabajo de la Asich. Con una capacidad casi sobrehumana, hacía además clase en el colegio San Ignacio, en el Hogar Catequístico, Instituto Nocturno, Centro Social San Ignacio y Asociación de Maestros. Se preocupaba también del Hogar de Cristo, realizaba retiros, confesaba una hora cada mañana, dirigía la Casa de Ejercicios de Marruecos y hasta se daba tiempo para visitar enfermos, "atender consultas" en la portería del San Ignacio y, en plena noche, hacía sus rondas por el barrio Mapocho en la camioneta verde. Eso, sin considerar la Revista Mensaje, en la cual escribía.

En 1951 su cuerpo reclamó: primero malestar, luego dolores. Finalmente lo convencieron de la necesidad de consultar a un especialista; el diagnóstico demoró mientras su energía vital disminuía día a día. El 15 de mayo, tuvo todavía ánimo para ir hasta Talca, donde su amigo de infancia, Manuel Larraín, celebraba sus bodas de plata sacerdotales. Pero el 19 de mayo decía su última misa. Al fin el diagnóstico se aclaró: cáncer al páncreas. Alberto Hurtado moriría, después de mucho sufrir, el 18 de agosto de 1952.

Es frecuente que la santidad vaya asociada a la amargura y el dolor. Los santos de vida y muerte bella y dulce no son muchos; los que debieron labrar su santidad en una lucha diaria y agotadora contra sí mismos y contra el entorno hasta que Dios los llamó, constituyen la mayoría. Fue por cierto el caso de San Ignacio de Loyola, fundador de la orden a la que perteneció el padre Hurtado.

Nuestro país en el presente es sin duda diferente al que conoció, pero todavía los flagelos espirituales y materiales con que le tocó enfrentarse están entre nosotros. Para terminar, permítanme reproducir un poema de León Felipe, que creo habría hecho suyo plenamente Alberto Hurtado.

Hay que salvar al rico, hay que salvarle, de la dictadura de su riqueza, porque debajo de su riqueza hay un hombre que tiene que entrar en el reino de los cielos, en el reino de los héroes.

Pero también hay que salvar al pobre porque debajo de la tiranía de su pobreza hay otro hombre que ha nacido para héroe también.

Hay que salvar al rico y al pobre.

Hay que matar al rico y al pobre para que nazca el hombre.

*Cristián Gazmuri es profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile

**Artículo publicado* Revista El Sábado *del diario El Mercurio, 22/10/2005.*

CENTRO DE ESTUDIOS CEME MANUEL ENCINA

Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
http://www.archivochile.com
Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)
Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quiénes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007